

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA CORONACIÓN DE AIROLGA



Fernando Olavarría Gabler

108



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

Fernando Olavarría Gabler

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

Se presentó el Príncipe de las Flores, y saludando con una gran venia, felicitó a la recién coronada, la princesa Airolga, que ahora era la Reina de los duendes del Bosque. Con voz ceremoniosa y cálida le ofreció su presente. Era un ramillete de magníficas flores. Cada una tenía un nombre: La flor de la Amistad, la del Cariño, la de la Felicidad, la de la Paz Espiritual y la de la Bondad.

Su Majestad agradeció la ofrenda con una tenue sonrisa en sus labios porque habría más deseado que el Príncipe le hubiese regalado una flor con estambres electrónicos. Al tocar cada estambre con sus delicados dedos podría comunicarse con todos los duendes del mundo repartidos en todos los bosques del mundo. Eso habría sido un entretenido regalo porque el mayor placer de la Reina era el disfrutar de los objetos electrónicos de última moda. Pero este estupendo Príncipe le había obsequiado flores que no tenían para ella gran valor en esos momentos, debido a los festejos de la coronación. Sin embargo, a pesar de su frustración, le sonrió, porque el Príncipe era encantador, amable y hermoso. Siempre le había atraído pero él nunca había intentado cortejarla. ¿Intentado? Quizás no era esa la palabra adecuada. Más bien, no había interés de parte de él.

Había otros nobles que se prestaban para complacer sus opciones amorosas. Uno de ellos era el conde Salterio. Su fama era de todos bien conocida, por ser el mejor jinete en el salto de langosta.

Sus finas langostas de pura sangre eran lo máximo en las canchas de equitación. Pero el conde Salterio adolecía de algunos defectos que no le agradaban a Airolga. Era mujeriego y le gustaba la cerveza en demasía. Otro que era de la complacencia de la joven reina era un rico mercader que extraía un sabroso y aromático líquido de los granos de arena de las playas y lo repartía en todas las flores de la pradera. Éstas llenaban su fondo con el néctar delicioso cuya finalidad era atraer a las abejas y colibríes para ser polinizadas. El simpático y rico mercader le caía en gracia pero no estaba enamorada de él. Quizás con el transcurso del tiempo...después de varios años de matrimonio -pensaba Airolga- existiría la posibilidad de amarlo, y a lo mejor profundamente. Pero no. El que hacía palpar su corazón con mayor fuerza cuando estaba frente ella, era el conde Salterio ¡y qué bien saltaba!, montado en sus langostas.

Antes de la coronación, cuando su padre, el Rey de los duendes del Bosque, había abdicado para que su hija única heredara el trono, la princesa había recibido una terrible noticia. El conde Salterio había perecido ahogado. En un magnífico salto, la langosta que cabalgaba había caído en un schop de cerveza que un labriego distraído había dejado en el bosque. La langosta no pudo salir y el conde sucumbió en su ley, ahogado en cerveza. El funeral fue opacado debido a las perspectivas cercanas a la fecha de la coronación.

Se iniciaron las fiestas. En el palco monárquico la Reina Airolga, acompañada de sus padres y rodeada de nobles cortesanos,

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

presenciaron el desfile que se inició con una banda instrumental de grillos de alta calidad sonora. Luego, desfilaron las tropas de insectos. Primero los dípteros, después los ortópteros y los sifonápteros y finalmente los coleópteros con sus élitros de atractivos colores. En el cielo aparecieron los lepidópteros volando con sus alas desplegadas, sin batirlas, cuando pasaron frente al palco real.

En los instantes en que desfilaban los sifonápteros, con sus espectaculares saltos, Airoлга, sin poder contener su inquietud, saltó de la tribuna al suelo donde estaban marchando esos insectos al compás de la marcha “ O du mein Österreich” (Tú, mi Austria) y la Reina inició una danza que no era de modo alguno un compás marcial sino más bien una armoniosa danza de ballet y todo el regimiento tuvo que cambiar el paso de marcha por el paso de baile que hacía la Reina. Los que presenciaban el desfile reían a más no poder al ver las caras atribuladas de los soldados que no acertaban con los nuevos compases de baile. Todo el mundo reía al ver a Su Majestad danzando entre los que desfilaban. Todos reían, menos los padres de Airoлга, que estaban indignados con el desorden acaecido y la falta de disciplina.

-Le daré un buen castigo con mi látigo de ortigas- exclamó la Reina Madre-. En vez de dos ramas de ortiga, le pondré tres, al igual que el látigo que usaba mi madre.

Pero todo quedó en nada. Se acabó la música. Se acabó el desfile, y todos se fueron a celebrar a sus casas, menos la familia

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



LA CORONACIÓN DE AIROLGA

real, que continuó los festejos en el palacio del roble hueco.

Airolga no fue castigada por su mamá con el látigo de ortigas, porque confesó que había tenido tanta pena por la muerte del conde Salterio, que no pudo contenerse en saltar al medio del desfile, y bailar, bailar... para no llorar.

Su padre envió al Congreso de Duendes un proyecto de ley en el cual se autorizaba a la reina para ausentarse por un período de tres meses. Así se distraería y olvidaría su pena. Mas, antes de partir, su padre, le regaló una flor de inapreciable utilidad. Era de pétalos dorados y plateados, su nombre científico era *fiora aureus argentus*. Única en el reino y desconocida por todos, menos el rey. Esta flor excepcional poseía la portentosa cualidad de trasladar al poseedor de ella a cualquier lugar del planeta. Sólo bastaba tocar uno de sus pétalos.

Airolga, después de besar a sus padres tocó un pétalo y desapareció del palacio. Una lágrima bajó hacia la mejilla de mamá reina y otra bajó a la mejilla de papá rey y se perdió en su blanca barba.

Airolga había deseado visitar un país oriental y se halló en un grandioso mercado pero no tenía idea alguna donde se encontraba. Se respiraba un aire con un aroma penetrante por las variadas especies de frutas y hortalizas que se ofrecían a la venta. Además estaban expuestas telas y alfombras de maravilloso colorido y el olor a incienso que despedían las lámparas se mezclaba con el olor de las diversas especies, como clavo de olor, pimienta, nuez

moscada y otras desconocidas para la pequeña duenda, que se sentía tan chiquita en este grandioso mercado que decidió esconderse entre unas frutas. De allí saltó y se situó debajo de una lámpara de incienso pero era tan intenso el aroma que empezó a toser y tuvo que refugiarse detrás de unas telas de seda. Ahí se sintió más cómoda y se puso a observar a la gente que compraba y regateaba con los vendedores. Llevaban turbantes en la cabeza, sus vestimentas colgaban sueltas y en vez de sandalias calzaban babuchas terminadas en punta. Así estaba, muy entretenida mirando todo esto, cuando alguien se aproximó por detrás y se sentó a su lado. ¡Era un ratón!

-¡Cuic cuic! -saludó el ratón-. ¡Qué bella figura tienes! ¿Deseas ser mi esposa? Tengo una confortable madriguera debajo de la tienda donde estamos. La comida es gratis en este mercado porque las sobras son abundantes.

Y sin que Airoлга pudiera decir palabra alguna, la tomó de la mano y la llevó presuroso hacia el suelo y de ahí a un túnel entre las maderas de un escaparate. Airoлга estaba aterrorizada y era tanto el miedo que no era capaz de gritar. Hubo un instante en que el ratón la soltó para abrir la portezuela de la entrada de su madriguera, esto aprovechó Airoлга para sacar la flor de su pequeño bolso que llevaba en la cintura y tocó uno de los pétalos. Alcanzó a oír que el ratón exclamaba ¡qué bonita flor tienes! ¡También será mía!...

.....

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

Se encontró en medio de una extensa vereda. Los edificios poseían grandes vitrinas donde se exponían mercancías de toda clase. Frente a ella había una tienda de antigüedades. En esos momentos entraba una pareja de seres humanos y al abrirse la puerta de la tienda Airolga aprovechó la ocasión para introducirse a hurtadillas detrás de los talones de la mujer que iba acompañada de su novio. Estos empezaron a examinar calmadamente todo lo que estaba expuesto para la venta; el dueño del negocio se acercó para atenderlos, y Airolga, para no ser descubierta, se escondió detrás de unas cortinas que servían de fondo de la vitrina. La duendecilla trepó por una de ellas y llegó al interior de la vitrina donde estaban las porcelanas más delicadas y costosas. Cuando caminaba por entre la platería y las finísimas porcelanas, se descorrieron bruscamente las cortinas y aparecieron las caras de los novios y la del dueño del negocio. La duenda quedó paralizada de miedo y comprendió que si permanecía inmóvil podría pasar desapercibida pero en esos instantes la novia exclamó -¡qué bonita porcelana! Una pequeña y delicada duendecita. ¿Es una Royal Dalton?

-¿Cuál es su precio?- preguntó el novio. El comerciante no supo responder y extendió el brazo para coger a la duenda. Airolga se sintió atrapada por la fría mano del anticuario quien la posó delicadamente sobre una mesa. Cuando los tres humanos se acercaron para observarla mejor, Airolga sacó su *fiora aureus argentus* y tocando un pétalo desapareció de la escena. Lo último que vio fue la cara de estupor de las tres personas.

.....

Se encontró en un inmenso desierto de arena. La noche estaba plena de estrellas. ¡Era una noche magnífica! El cielo brillaba con una transparencia perfecta. Pero hacía frío. Mucho frío. No se veía casa alguna, ni un árbol donde refugiarse. A lo lejos distinguió un enorme edificio y se encaminó hacia él. Después de un dificultoso recorrido por la arena llegó al fin y entonces el negro edificio que había divisado de lejos se irguió sobre dos descomunales patas y un larguísimo cuello se elevó aún más. Entonces Airolga se dio cuenta de que estaba frente a un avestruz. Por su plumaje negro la había confundido con un edificio de ese mismo color. El avestruz macho estaba cuidando una gran cantidad de huevos y los tenía amontonados en una excavación en la arena. Cuando vio que se acercaba alguien se había levantado sobre sus dos patas y ahora observaba a Airolga con recelo y curiosidad. Inclino la cabeza y la aproximó para mirar mejor a la recién llegada. Probablemente confundió a la duenda con un lagarto o una serpiente porque después de observarla por unos segundos lanzó un fuerte picotazo. Airolga era ágil y lo esquivó con facilidad pero el avestruz no se dio por vencido y continuó dando un picotazo tras otro. Entonces Airolga, cansada ya de tanto esquivar estos ataques mortales, sacó su flor y tocó un pétalo.

.....

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

Se encontró en un frondoso bosque tropical y eso la reconfortó porque se acordó de su reino. Entonces, sentándose en el suelo sobre una hoja, lloró desconsoladamente porque su viaje hasta esos momentos sólo le había deparado escenas de peligro y gran angustia. Pronto se calmó y decidió pasar la noche entre las ramas de un añoso árbol. Estaba acomodándose cuando oyó un crujir de hojas y unos pasos que se aproximaban. Era un soldado, con armadura y casco. Su cara era alargada, al igual que su nariz aquilina, y su mentón estaba cubierto por una escasa barba. Al cerciorarse de la presencia de Airoлга se aproximó pausadamente a ella y le preguntó qué estaba haciendo allí. La duenda, sin desear soslayarse le respondió que estaba viajando por el mundo pero no sabía en qué lugar se encontraba.

-Estás en el reino del Hada Azul- respondió el soldado-, y yo soy el guardabosque de esta parte del reino. Mi obligación es presentarte a mi dueña. Ella es simpatiquísima y es la reina de la alegría.

-Eso es lo que me conviene- pensó Airoлга. Necesito alegría, divertirme, pasarlo bien. ¡Vamos! -dijo-, y poniéndose de pie se fue con el soldado al encuentro del Hada Azul.

-Te revelaré un secreto, dijo el soldado, pero lo que te voy a decir no lo divulgues. El Hada Azul no es un hada sino una bruja. Su verdadero nombre es Aicila, pero ella se hace llamar “Alicia, Reina de las Hadas del Bosque Negro”.

Mientras caminaba al lado del soldado, Airoлга se dio cuenta

de que era un poco más baja de estatura que él e indujo que los habitantes del reino del Hada Azul podrían ser del mismo porte que ella y eso le agradó y le dio seguridad. Al poco rato oyó un galopar de caballos y en un recodo del sendero del bosque apareció un carro de guerra que venía a su encuentro, estaba tirado por tres preciosos caballitos que tenían un cuerno retorcido en la frente. El carro era guiado por una joven mujer cuya vestimenta de seda y color azul índigo flameaba, por la velocidad del carruaje; éste pasó al lado de ellos y se perdió de vista en el sendero. Instantes después retornaba y se detenía al lado de Aiolga. El soldado se arrodilló saludando a Su Majestad, luego se puso de pie y empezó a responder las preguntas que le hacía el Hada Azul, pero Aiolga los interrumpió y se presentó con el título de Reina del Bosque de los Duendes. Estaba viajando y se había perdido.

-¿Dónde están tus cortesanos?-preguntó el Hada Azul.

-Mis cortesanos están en mi Reino. Viajo sola.

-¿Por qué?

-Para olvidar una pena.

-Está bien –dijo el hada. Mi nombre es Alicia. ¿Cuál es el tuyo?

-Aiolga.

-Suena como nombre de duende -rió Alicia. -Sube a mi carro porque te llevaré a mi palacio.

El soldado se quedó en el bosque y las dos monarcas parecían volar por el estrecho sendero debido a que los caballitos galopaban a

LA CORONACIÓN DE AIROLGA



más no poder. Alicia reía y hacía restallar un largo látigo sobre sus cabezas. Airolga estaba dichosa. La loca carrera le había levantado el ánimo.

Llegaron al palacio ¡Era espléndido! Airolga tuvo la sensación de estar en su propio reino.

-Hoy -dijo Alicia- se festeja el aniversario de mi coronación y habrá un gran desfile de mis soldados. Me agradecería que estuvieras al lado mío en la Tribuna de Honor.

Airolga aceptó feliz pero expresó su incomodidad por no tener el ropaje adecuado para esas circunstancias.

-No te preocupes- dijo Alicia. Somos casi de la misma estatura. Yo te prestaré lo necesario. Mientras conversaban, Airolga observaba el rostro de Alicia. Poseía una larga cabellera negra, como ala de cuervo. Sobre su cabeza resplandecía una delicada corona de brillantes que centelleaban en la noche, y su rostro ovalado, de piel muy blanca, lucía una nariz fina y recta. Sus ojos eran verdes y una boca con labios delgados, teñidos de rojo, dejaban ver una dentadura perfecta. A esto se agregaba una expresión de seguridad y una simpatía avasalladora.

Mientras Airolga elegía una de las numerosas vestimentas que le ofrecían las criadas de Alicia, ésta, ya lista, fue a buscarla y ambas se dirigieron al balcón del Palacio Real.

Era de noche, se oyeron acordes de música marcial y el desfile se iba a iniciar. A Airolga le extrañó que los desfiles fueran en la noche.

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

-¡Pero querida! -dijo Alicia. -¡En mi reino siempre es de noche! No existe la luz del día. Solamente alumbra la luz de las antorchas de mis súbditos.

Entonces Airolga le relató lo que había sucedido en el día de su coronación, cuando había bajado del palco y se había puesto a bailar entre sus soldados y todos habían dejado de marchar y... -¡Nada de eso!-interrumpió Alicia. Aquí todo es en serio ¡y muy solemne! La única que se ríe en mi reino ¡soy YO!

-¿Tus soldados son insectos? Preguntó Airolga con cierta ingenuidad mezclada con algo de timidez.

-Por cierto que no- respondió Alicia despectivamente. Son verdaderos soldados, soldados de plomo. Yo los robo a un viejo que los fabrica. Su casa está en los lindes del bosque. Les ordeno a mis súbditos que los saquen de las cajas y los traigan a mi presencia cuando el viejo tonto está durmiendo. Y aquí, en mi reino, les doy un alma mágica para que así puedan servirme lealmente.

-¿Y si alguien no desea servirte?

-Lo fundo. Lo derrito en una olla de hierro puesta sobre una gran llama. Qué entretenido es verlos reclinados en el fondo de la olla cómo se van transformando en plomo líquido y... ¡Sas! ¡Se acabó! -exclamó Alicia dando una palmotada. -¡Empieza el desfile!

Marcharon cientos de soldados de infantería y de caballería. Abanderados, músicos, etc. Era un desfile estupendo, pero tan largo de tiempo, que Airolga estaba cansada de ver pasar a tantos siempre de izquierda a derecha. Cuando había intervalos sin desfilar, le

parecía que el suelo se deslizaba de derecha a izquierda.

Terminó la parada militar y los festejos continuaron en los salones del palacio real.

Servían toda clase de licores y manjares deliciosos. Su Majestad Alicia se la veía siempre rodeada de cortesanos masculinos que le decían cosas placenteras de escuchar, la halagaban y la complacían en los más mínimos caprichos. En la fiesta todos hablaban en voz baja y muy seriamente. Nadie reía ni sonreía y la duendecilla Airoлга consideraba todo esto como algo muy extraño. Hubo un momento en que el Hada Azul se apartó de sus seguidores y aproximándose a donde estaba Airoлга le dijo: - Nos vamos a divertir jugando a los bolos. Sígueme-. Airoлга fue tras ella atravesando salones y más salones hasta que llegaron a una puerta resguardada por dos lacayos que al constatar la cercanía de las dos reinas saludaron ceremoniosamente y abrieron la puerta de dos hojas. Airoлга se encontró en el interior de una inmensa sala de bolos o palitroques, pero en vez de los clásicos palitroques éstos estaban reemplazados por soldados en estricta formación que esperaban inmóviles el gran impacto del bolo.

Alicia metió los dedos en los agujeros del bolo y lo lanzó con gran energía hacia el grupo de soldados. El bolo golpeó al grupo con gran ruido y los soldados cayeron al suelo bastante maltrechos. Uno tenía quebrada una pierna y otro, un brazo. Alicia reía a carcajadas mientras unos camilleros retiraban a los heridos.

-¿Qué te parece? ¿No es magnífico?- le expresaba su contento

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

a Airoлга. La duenda estaba horrorizada. Se había dado cuenta de que la mágica alma, que la cruel Alicia le introducía a los soldados de plomo, los transformaba en seres vivientes y éstos sufrían el tremendo impacto del bolo.

-Juega tú ahora- le dijo Alicia a Airoлга. Pero la duenda se negó. Esto provocó la ira de la anfitriona y sus verdes ojos llamearon al sentirse contrariada.

-¡Juega duenda estúpida! Gritó.

Airoлга sin responder a tanta agresividad, sacó de su bolso (que no había abandonado en el vestuario) la *fiora aureus argentus* y al tocar uno de sus pétalos de oro, desapareció.

Airoлга había aprendido que si tocaba un pétalo de plata podía surgir en un lugar no planificado por ella. Eso había sucedido en las aventuras pasadas, pero si tocaba un pétalo de oro, llegaba al lugar que deseaba. Y así entonces, después de viajar por diversos lugares maravillosos, consideró que había disfrutado plenamente de sus viajes. Estuvo en la base del Annapurna, en los Himalayas. Llegó a una isla solitaria en la Polinesia, con sus playas coralíferas de una blancura exquisita y el agua tibia y transparente, de color esmeralda, la reconfortó. También estuvo en la gran Muralla China y en la torre de Eiffel. En fin, en una serie de lugares dadores de gran placer.

Mas, a la larga, todo placer en demasía, cansa. Y entonces deseó volver a su reino y besar y abrazar nuevamente a sus padres. Tocó un pétalo dorado y se encontró en el dormitorio de su palacio.

Gran sorpresa tuvieron las criadas de encontrarla allí y sus padres corrieron alborozados a recibirla. La felicidad era muy grande.

No había noticias importantes que comentar. La más novedosa era que el Príncipe de las Flores había contraído matrimonio.

-¿Con quién?- preguntó Airolga, disimulando el gran malestar que le había causado esta nueva.

-Se casó con la Reina de las Hadas -respondieron los papás-. Tu íntima amiga.

-Sí. Por supuesto -replicó Airolga. -Con Anitsircairama, mi compañera de juegos en la infancia.

Airolga se fue a su alcoba real con un fuerte dolor de cabeza. En la noche tuvo pesadillas y despertó sobresaltada. El ratón del soko quería llevársela cautiva. Al anticuario se le caía una fina porcelana, era una duenda, y se quebraba en mil pedazos. El avestruz macho, de plumas negras, le daba un picotazo y se la tragaba. A medida que bajaba por su largo cuello tenía la sensación que iba en una montaña rusa. Cuando iba llegando al buche, despertó. Estaba sentada en su lecho, con mucha rabia. Recordó el ramillete que le había obsequiado el Príncipe de las Flores en el día de su coronación. Tenía bien presente en la memoria que lo había guardado en un florero en el fondo de su enorme ropero. Se encaramó arriba de una silla y abriendo las puertas del ropero se introdujo en él. En plena oscuridad palpó el florero y salió con él,

LA CORONACIÓN DE AIROLGA

pensando que las flores estarían secas o podridas. Tenía la intención de hacerlo pedazos con todo su contenido pero con gran sorpresa de ella las flores estaban intactas, frescas y lozanas, con un colorido maravilloso y un perfume exquisito que invadió todo el dormitorio. Entonces recordó el nombre de cada flor: Amistad, Cariño, Alegría, Paz de Espíritu y Bondad.

Colocó el florero sobre una pequeña mesa y volvió a la cama. El perfume de las flores había llegado a su alma dándole una paz espiritual y gran felicidad. Antes de quedarse dormida nuevamente, recordó al Hada Azul. ¡Qué buena acogida hubieran tenido en ese oscuro reino, las flores que estaban frente a ella! Pero eso era imposible. Le vino a la mente los fieros ojos verdes de la bruja y su vaporosa vestimenta color azul índigo. Entonces recordó una frase de su institutriz que le había dicho cuando ella era una niña, mientras elegía uno de los numerosos vestidos en su descomunal ropero: “Blue and green shall never be seen”. No. El Hada Azul nunca demostró sincera amistad. Era una mujer cruel y dominante. Era necesario borrarla de la memoria. Para siempre.

Epílogo

Su Majestad Airolga contrajo matrimonio con el riquísimo y flaco mercader que surtía de néctar a todas las flores del reino. Vivieron felices miles de años; hasta que por triste destino Su Majestad quedó viuda. No se volvió a casar, pero siempre recordó el

significado del ramillete de flores que había recibido en el día de su coronación, y su trascendencia la aplicó en su largo reinado, siendo éste uno de los más famosos en todo el historial del Reino del Bosque de los Duendes.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.